



GONCOURT

LOS HERMANOS

ZEMGANNO

PQ2263

F78



1020026542



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS



RICARDO COVARRUBIAS
FONDO

Los hermanos Zemganno.

Núm. Clas. N
Núm. Autor G 635 lv
Núm. Adg. 30263
Procedencia -8-
Precio _____
Fecha _____
Especifico 629
Código _____

EDMUNDO DE GONCOURT

Los hermanos

Zemganno.

VERSIÓN

DE

EMILIA PARDO BAZÁN



MADRID

LA ESPAÑA EDITORIAL

Oficinas: Mendizábal, 34.

CORREO APARTADO NÚM. 144

099144

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

30263

843
G



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

PQ 2263

F78

ES PROPIEDAD.—DERECHOS RESERVADOS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

E. RUBIÑOS. IMPRESOR.

ESTUDIO PRELIMINAR

De 1850 á 1870 las letras francesas se transformaron, y su transformación actuó con incontrastable fuerza sobre la literatura del mundo civilizado todo. Aceptando la nueva forma ó rechazándola con indignación y tedio; abriendo los brazos ó cerrando los ojos y volviendo la cabeza, subyugado ó sublevado—y á veces las dos cosas á un tiempo,—ningún autor, en nación alguna, podrá decir que le pasó inadvertida la profunda crisis, tránsito del romanticismo al naturalismo.

Lo que había de ser, fué, sin que humano poder bastase á estorbarlo. Mientras resonaba el fragor de las discusiones; mientras

llovía cieno de insultos; mientras silbaban en los aires las flechas satíricas, barbadas de pluma de ganso, la obra se consumaba, el fruto llegaba á sazón, y hasta empezaba á corromperse. Apedreábanle por verde los chicuelos, y él reventaba ya de maduro. entreabriendo su roja piel para dejar caer la simiente nueva.

Nadie que lleve el alta y baja de estas cuestiones ignora que el naturalismo francés puede considerarse hoy un ciclo cerrado, y que novísimas corrientes arrastran á la literatura en direcciones que son consecuencia y síntoma del temple y disposición de las almas en los últimos años del siglo. Cierzos del Norte que traen en sus alas grises vago aroma de incienso; rocíos de lágrimas que humedecen los ojos; auras de esperanza remota; latidos sordos y desiguales que anuncian la reposición de la convalecencia más bien que el desmayo de la agonía; inquietas aspiraciones á recobrar lo que se daba por perdido; rápidas miradas hacia atrás, con el ansia de restauraciones imposibles y la certeza de una armonía ó

reconciliación indispensable entre el espíritu y la materia, la poesía y la verdad, la línea y el color... de todos estos elementos procede la evolución verificada en la última década de 1880 á 1890, reconocida por el sincero Zola, y que, á manera de reflejo estelar en oscura noche, anuncia la próxima llegada del siglo XX.

Observemos una circunstancia muy importante al asunto que vamos á tratar. El ciclo naturalista (acepto la nomenclatura usual y corriente) encontró sus paladines en Francia; el ciclo nuevo, que podemos llamar realista ideal, los halló en Rusia. En el orden cronológico, ambos ciclos se desarrollaron en líneas paralelas. El realismo ideal ruso es tan viejo en fecha como el naturalismo francés. Lo reciente es su infiltración en las naciones occidentales, donde apareció á la hora oportuna como solución de irritante enigma, como satisfacción de legítimos descontentos, como muestra de la infalible plenitud del arte, siempre dispuesto á encarnarse en la forma que sueña y solicita el sediento espíritu humano. En el or-

den jerárquico, si los Goncourt, Zola y Daudet no se eclipsan ante Turguenef, Dostoyewsky y Tolstoy, los modernos escritores franceses que han sentido la influencia del alma eslava, no llegan á la altura de sus ilustres modelos. El movimiento neo-ideal, en Francia, carece por ahora de jefes de genio robusto y arrollador: tiene oficiales y soldados muy distinguidos, pero le faltan generales. Acaso hay en su índole nebulosa, en su difuso misticismo, algo que repugna á la lucidez, precisión y sequedad del carácter y del idioma franceses.

Por eso, después de la clausura del período naturalista militante, mantiéñense en pie las figuras de sus iniciadores y corifeos. Edmundo de Goncourt, Zola y Daudet son todavía los tres grandes nombres, no eclipsados, de la literatura francesa. Si alguien puede hacerles temible sombra, no son ciertamente los agradables y brillantes *jeunes maitres*, que van desviándose con respeto de sus huellas, sino Tolstoy, cuando la traducción arroja al mercado francés alguno de sus fecundos y originales libros.

Distingamos, sin embargo, entre la trinidad de los maestros franceses. Su importancia y su papel no son para confundidos. Zola fué el ariete: dismanteló y barrió lo antiguo, y preparó, con sus mismos desafueros, la presente reacción. Daudet es la hembra artística de Zola: conciliador, seductor, menos poeta, en realidad, que su insigne macho. Por lo que hace á Edmundo de Goncourt, ó á los hermanos Goncourt, mejor dicho, les correspondió el oficio más ingrato y glorioso: el de precursores.

Pablo Bourget, crítico eminente y sutil, dice terminantemente: «Nadie, desde Balzac hasta nuestros días, modificó en tanto grado el arte de novelar como los Goncourt. De ellos se deriva el autor del *Assommoir*, y de ellos también el del *Nabab*.» Á este mérito indiscutible de los Goncourt puede sumarse otro; y es que su influjo, más insinuante y menos estrepitoso que, por ejemplo, el de Zola, es harto más duradero. Zola, lo repito, —aparte de su mérito y su valer,—es autor de transición y combate, de *sturm und drang*, y empuja mucho más que

impregna. Los Goncourt, por el contrario, largo tiempo desconocidos y arrinconados, nunca alzados sobre el pavés como el impetuoso poeta épico de *Germinal*, artistas frioleros y metidos en su concha, no sólo pueden reclamar el título de verdaderos generadores de Zola y Daudet, sino que hoy inspiran á la juventud decadentista y se filtran en las flamantes obras del psicologismo, haciendo competencia á los esclavos.

¿Á qué condiciones especiales de su ingenio deben esta gloria los indivisibles Goncourt? Á una suma de circunstancias que, si no aumentan su *antidad*, modifican su *entidad*, dando por resultado una combinación felicísima no indiscutible ni canonicizable, pero de energía nunca igualada para penetrar hasta los tuétanos del arte contemporáneo. Al intentar el estudio de esa combinación activa y peregrina, trataré de evitar repeticiones de los demás y de mí propia, pues es la tercera vez que hablo de los hermanos Goncourt y de Edmundo solo. La primera fué en 1882, en un capítulo de *La cuestión palpitante*; la segunda, en 1889,

en una crónica que forma parte del libro de viajes *Al pie de la torre Eiffel*.

Edmundo y Julio de Goncourt, por su familia, pertenecen á la que en Francia se llama nobleza de toga; su padre militó en los ejércitos del gran capitán del siglo. Edmundo, el hijo mayor, nació al año de casarse sus padres, en la ciudad de Nancy; ocho años después, en París, vino al mundo el menor. En el intervalo habían nacido dos niñas, que fallecieron de corta edad.

¿Cómo se trabó desde la cuna, entre los dos hermanos, el tiernísimo afecto que distingue su biografía de todas las biografías literarias contemporáneas? La novela cuya traducción ofrezco al público, lo dirá mejor, por modo indirecto, que pudiera decirlo biógrafo ninguno. El muchacho Edmundo, ya fuerte y crecido, siente despertarse en su corazón un cariño en cierto modo paternal por el hermanito que, contando ocho años menos, permanece ángel cuando el mayor raya en hombre. Fallece el padre, no llegando Julio á un lustro de edad, y la protección del mayor se acentúa, y la adhe-

sión se duplica viendo al niño siempre delicado de salud, objeto de perpetuas angustias para la madre. Al perder á ésta y encontrarse doblemente huérfanos, Julio es ya el mozo fogoso y amante del placer—el Nelo de la novela—y Edmundo, el grave compañero, el Juan, jefe nato de la fraternal asociación. El amor, palanca desquiciadora de los afectos masculinos, pudo haber separado entonces á los dos hermanos; pero su madre, al tiempo de exhalar el último suspiro, juntara las manos del mayor y del menor... y juntas habían de persistir hasta que la misma muerte que las unió las separase.

Mucho se ha escrito acerca de esta viva pasión fraternal, exaltada y llevada á un grado de enfermizo lirismo, que excita la imaginación como pudiera excitarla un amorío desdichado. La historia sentimental de las letras, en la segunda mitad de nuestro siglo, no tiene página más elegiaca que la consagrada á la muerte de Julio de Goncourt y la soledad de Edmundo. Es el único suceso realmente dramático que ofrece su

biografía gemela, historia casi vulgar de dos hombres inteligentes, ni espoleados por la miseria ni torturados por la mujer, y que, sin embargo, vivieron más tristes que venturosos, persiguiendo un sueño fugitivo de gloria ó rebuscando curiosidades y anti-guallas para extraer de su contemplación, no el sereno deleite estético, sino una especie de *morbidez* dolorosa y vehemente. ¡Ah! El hombre no necesita para ser desgraciado males positivos: bástanle las jugarretas de la imaginación, ó las propensiones hereditarias á la melancolía, ó las aspiraciones calenturientas á bienes que no valen lo que han de costar, si cuestan la paz y el santo regocijo. Según lo que de él se refiere, Julio de Goncourt se suicidó «una miaja todos los días.» Un biógrafo de los dos hermanos (1) dice textualmente: «De 1867 á 1870 arrastraron los Goncourt miserable vida. Enfermos ambos, proseguían sus tareas de escritores con tenacidad y fuerza de voluntad admirables. Á principios del

(1) ALIDOR DELZANT: *Les Goncourt*, París, 1889.